

La historia, el lenguaje y la ciencia: Roland Barthes y Friedrich Nietzsche

**History, language and science:
Roland Barthes and Friedrich Nietzsche**

Blithz Lozada Pereira¹

Resumen

El presente texto hace un recuento de las concepciones de los historiadores sobre el carácter científico de su quehacer disciplinar. Revela el carácter filosófico y epistemológico de la discusión sobre los límites y posibilidades de desarrollo de la historia como ciencia. Trata las concepciones idealista, neopositivista e historicista como teorías epistemológicas de la historia. Analiza el enfoque genealógico siguiendo a Nietzsche y el discurso histórico de Roland Barthes, que piensa que la historia no es una ciencia, sino un discurso ficcional, siendo una ingenuidad creer que manifieste la verdad del pasado. Presenta el enfoque genealógico de Friedrich Nietzsche, para quien la Gran Historia no existe, como sería inexistente el decurso racional y monumental de la historia a una meta universal. Solo habría pequeñas historias que los historiadores teñirían con su subjetividad, narraciones relativas y fugaces similares a cualquier fábula.

1 Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua asociada a la Real Academia Española. Docente emérito de la Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública de la Universidad Mayor de San Andrés y docente emérito e investigador titular en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Ha publicado 20 libros y escrito 85 artículos para revistas especializadas incluidos artículos periodísticos en formato físico y electrónico. Licenciado en filosofía con estudios de economía. Tiene maestría en gestión de la investigación científica y tecnológica, y maestría en filosofía y ciencia política. Diplomado en educación superior y ciencias sociales. Obtuvo varios premios y fue miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana.

Palabras clave: Filosofía analítica de la historia // Término “historia” // Filósofos e historiadores // Robin George Collingwood // Thomas Kuhn // Paul Feyerabend // Michel Foucault // Roland Barthes // Friedrich Nietzsche // Problemas epistemológicos y lingüísticos de la historia // Epistemología neopositivista.

Abstract

This text recounts the views of historians on the scientific nature of their work discipline. It reveals the philosophical and epistemological nature of the discussion on the limits and development possibilities of history as a science. It treats the idealist, neo-positivist and historicist conceptions as epistemological theories of history. It analyses genealogical focusing by following Nietzsche and the historic speech of Roland Barthes, who thinks that history is not a science, but a fictional discourse, being naive to believe that it manifest the truth of the past. It presents the genealogical focus of Friedrich Nietzsche, for whom the Great History does not exist, as the rational and monumental becoming of history to a universal goal would be non-existing. There would only be little histories that would be covered by historians with subjectivity, relative and fleeting narrations, similar to any fable.

Keywords: Analytical philosophy of history // The term “history” // Philosophers and historians // Robin George Collingwood // Paul Feyerabend // Thomas Kuhn // Roland Barthes // Michel Foucault // Friedrich Nietzsche // Linguistic and epistemological problems of the history // Neo-positivism epistemology.

1. Los problemas de la historia

Varios historiadores en el siglo XX y en el actual, se han referido a la *historia* entendiéndola como el trabajo que realizan los especialistas —es decir, los propios historiadores—, como una actividad *científica*. Algunas referencias de tales concepciones son las siguientes:

Para el erudito alemán Wilhelm Bauer, la historia es la ciencia que se ocupa de “describir, explicar y comprender los fenómenos de la vida, en cuanto se trata de los cambios que lleva consigo la situación de los hombres en los distintos conjuntos sociales, seleccionando aquellos fenómenos desde el punto de vista de sus efectos sobre las épocas sucesivas o de la consideración de propiedades típicas, y dirigiendo su atención principal sobre los cambios que no se repiten en el espacio y el tiempo”². Es decir, el quehacer de los historiadores es *científico*

2 Cfr. Wilhelm Bauer, *Introducción al estudio de la historia*. Trad. Luis G. de Valdeavellano. Casa Editorial Bosch, p. 38.

porque selecciona los fenómenos de la vida del hombre que tendrían alguna relevancia y los explica causalmente.

Por su parte, para el filósofo e historiador inglés, Robin George Collingwood, parafraseando la expresión de John B. Bury que enfáticamente dice: “La historia es una ciencia, ni más ni menos”; la historia sería *científica* porque el historiador descubre lo esencial de la mente de los actores del pasado³. Desde una perspectiva idealista, Collingwood enuncia que la historia trabaja el pasado reviviéndolo en la mente del historiador, ofreciendo respuestas taxativas, rebosantes de afirmaciones subjetivas, optimistas y respaldadas por supuestos de orden psicológico, sobre preguntas clave que interrogan sobre lo siguiente: ¿los enunciados que se afirman en la historia pueden ser considerados verdaderos?, ¿se trata de proposiciones científicas?, ¿es posible alcanzar conocimiento “científico” de hechos singulares asumidos como irrepetibles?, ¿el pasado tiene relevancia para comprender las múltiples formas de asertividad del ser humano?, ¿es fuerte la influencia sobre los historiadores, de su subjetividad, sus intereses y su propósito de entender el presente a partir de la visualización del pasado?, ¿es posible esperar objetividad en la historia?, ¿es verosímil hablar de “explicación histórica” como un conocimiento fiable y verdadero?, ¿la historia establece relaciones causales científicas entre los hechos?, en fin, ¿es posible que la explicación histórica ofrezca una relación causal determinante?

Wilhelm Bauer hace un recuento exhaustivo de los filósofos y los historiadores que rechazan la calidad científica de la historia como quehacer disciplinar (por ejemplo, Jean Le Ron D’alembert y Arthur Schopenhauer); indica quiénes le reconocen solo utilidad práctica (Aristóteles en la larga tradición); quiénes le atribuyen carácter simultáneo de arte y ciencia (Leopold von Ranke, y posteriormente, Hugh Trevor-Roper); quiénes pretenderían dotarle de carácter científico habida cuenta de su carencia fundamental (Augusto Comte en primer lugar), y quienes restringen el carácter *científico* a determinados capítulos de su desarrollo. No obstante, pese a la variedad de tales objeciones respecto del carácter científico de la historia como disciplina, hoy se admite que se trata de una *ciencia*. Entre los historiadores que defienden esta posición, argumentando metodológica y epistemológicamente, se cita usualmente a Fernand Braudel, Lucien Febvre, Marc Bloch, Edward H. Carr, Edward Palmer Thompson, Eric Hobsbawm, Peter Gay, Robert Fogel, Fritz Fischer, Karl Dietrich Bracher, Carlo Cipolla, Jaime Vicens Vives y Julio Caro Baroja.

Por su parte, la UNESCO concibe que las actividades de la historia, sistemáticas y creadoras de conocimiento; están encaminadas a aumentar o mejorar

3 Cfr. el libro de Robin George Collingwood, *Idea de la historia*. Trad. Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos. Editorial Fondo de Cultura Económica. La sección “Epilógomenos” argumenta cómo la historia debe ser concebida como una ocupación disciplinar científica; gracias a la *coligación*. La cita de John B. Bury está referida en la página 241.

lo que se sabe del hombre, la cultura y la sociedad, incluyendo la utilización de tales contenidos para aplicarlos a la solución de problemas sociales y humanos. Es decir, la historia debe ser considerada una ciencia porque implica actividades sistemáticas y creadoras de conocimiento sobre el hombre, la cultura y la sociedad, con la finalidad de comprender y encarar los problemas que se presenten. Se trata de un quehacer ocupado en el estudio del pasado humano, con enfoques metódicos de las ciencias sociales, y que busca el propósito de establecer qué hechos y qué procesos acontecieron, interpretándolos según criterios de objetividad.

En la clasificación de las ciencias efectuada por la UNESCO, la historia es un campo científico relevante que cuenta con seis disciplinas y 28 sub-disciplinas. Las seis disciplinas son las siguientes: “Biografías”, “Historia general”, “Historia de los países”, “Historia por épocas”, “Ciencias auxiliares de la historia” e “Historia por especialidades”. Entre las sub-disciplinas, por ejemplo, cabe citar a la “Historia comparada”, las “Teorías y métodos de la historia”, la “Historia regional”, la “Pre-historia”, la “Arqueología”, la “Onomástica”, la “Papirología”, la “Estratigrafía”, la “Historia de la geología”, la “Historia de la lingüística”, la “Historia del periodismo”, la “Historia de la ciencia”, la “Historia del arte” y la “Historia de la botánica”. Existe además, una disciplina especial, que constituiría la séptima disciplina de la historia, concebida como abierta. Se trata de “Otras especialidades históricas”, donde se incluyen temáticas *científicas* diferentes a las indicadas y que referirían cualquier disciplina no explicitada con sus respectivas sub-disciplinas. Lo propio se puede efectuarse en cada una de las disciplinas señaladas, lo que permite el desarrollo abierto de las sub-disciplinas históricas en el gran campo *científico* de la historia.

Antes de continuar, es conveniente efectuar una digresión sobre el término *historia*. Dicha palabra en español, como en otras lenguas, no diferencia los dos sentidos fundamentales y absolutamente distintos del concepto. No es lo mismo la “historia” entendida como el trabajo que los historiadores realizan y que, desde distintas perspectivas es considerado como *científico*; que el objeto de estudio de esa actividad de investigación: la Historia con mayúscula y que podría denominarse la Gran Historia. Es absurdo preguntarse si la Gran Historia sería o no *científica*, sólo podría ser tal, la actividad de los especialistas: la *historia* con minúscula y que usualmente se presenta encabezando el título de sus publicaciones. Por otra parte, la atribución de científicidad a la “historia” es una ocupación de la teoría de la ciencia: la epistemología. No se trata de la epistemología general, sino de una teoría especial: la *epistemología de la historia* que como toda ocupación sobre la ciencia, es siempre una labor *filosófica*, para la que es indispensable aunque no suficiente, el concurso de los historiadores. En suma, para establecer una posición que señale que la labor de los historiadores es una actividad *científica* o no lo es, se requiere el tratamiento *epistemológico* de la cuestión que solo será resuelta tanto por especialistas en filosofía e historiadores con trayectoria de investigación. Además, sea cual fuere la concepción sobre la Gran Historia, por

ejemplo, pensarla como el devenir que se repite cíclicamente, como el decurso hacia un final universal, o como la precipitación de una cábala distópica, resulta siempre una ocupación ontológica de carácter especulativo, que penetra en los intersticios de los insondables abismos del ser y decurso de la historia.

La limitación lingüística de la palabra *historia* en las lenguas referidas, no diferencia el quehacer del historiador de la Gran Historia en sentido ontológico. Peor aún, esta anfibología se agrava con la ambigüedad, multivocidad y diversidad de sentidos que se da a la “historia”. Por ejemplo, entre los especialistas, la Gran Historia se diferencia de la pre-historia, que está marcada por el momento en que se inventó la escritura (aproximadamente hace cinco mil quinientos años). Existen también sentidos diversos que refiriéndose, por ejemplo, a la “historiografía” y a diversos usos ampliamente extendidos del término *historia*, dan lugar a que los contenidos mentados sean significativamente disímiles. En diversos contextos, se refiere el término en cuestión con connotaciones relacionadas con la cosmología (por ejemplo, la “historia del universo”), con contenidos de la geología (“la historia de los volcanes”, por ejemplo); la paleontología (“la historia del jurásico”), y con otros temas que multiplican los significados y sentidos del término.

En la lengua alemana existe el término *Historie* que podría ser equivalente a la palabra que designa la Gran Historia; en tanto que el trabajo del historiador se denomina con el término *Geschichte*. No obstante, como anota Wilhelm Bauer, *Geschichte* refiere tanto el aspecto objetivo de la Historia, es decir lo que sucede y lo que ha sucedido; como también, el aspecto subjetivo: la historia como conocimiento de ese acontecer⁴. En la lengua inglesa, la existencia de las palabras *History*, y, por otra parte, *story* dan lugar a pensar que se trata de la Gran Historia en el primer caso y del quehacer del historiador, en el segundo; pero no es así necesariamente. En verdad, aunque *History* resulta la Gran Historia, es también el título con el que comienza toda obra de los especialistas; en tanto que *story* se emplea para referir cuentos, relatos, novelas, anécdotas e inclusive chistes. En el caso del francés, solo existe la palabra *histoire*, constatándose de nuevo la ambigüedad antes indicada.

Finalmente, haciendo más complejo el uso lingüístico de la palabra *historia*, cabe referir sentidos usuales sobre los que se podría efectuar reflexiones teóricas. Por ejemplo, hoy se habla de las “historias clínicas”, de la “historia del tiempo”, de las narraciones míticas en las que los héroes que aparecen protagonizando acontecimientos imaginados y se las llama “historias”; también hay ficciones que se incluyen dentro del género de “novelas históricas” y versiones libres de biografías con mensajes que fabulan de modo hiperbólico; inclusive cualquier

4 La palabra alemana *Geschichte* se deriva de *geschehen* que significa “suceder”. Su origen etimológico estaría en *Schikung* y *Zufall*, que significan “suerte”, “casualidad” y “azar”. Op. Cit. de W. Bauer, p. 31.

circunstancia de la vida personal que podría relatarse ocasionando cierto interés del oyente, se denomina “la historia”.

A la complejidad y los problemas señalados, se suma que el desarrollo actual de la historia efectuada por profesionales, tiende a darse desde perspectivas *multi* e interdisciplinarias. La investigación histórica procura conocer los fenómenos y los procesos de la vida social efectuando aproximaciones teóricas y metodológicas diversas, no solo desde *un* campo científico. Así, hoy destacan trabajos de notable calidad, de manera que los objetos de estudio son abordados no solo desde el ámbito de la historia, sino también desde otras perspectivas científicas. Por ejemplo, varios trabajos de Fernand Braudel como ejemplo de la Escuela de los Annales, se abocan a temas que relieves el enfoque geográfico, específicamente el entorno Mediterráneo; para Karl Dietrich Bracher, el desarrollo de la investigación histórica solo es posible si aborda temáticas de la ciencia política, habiéndose ocupado con particular interés con el totalitarismo alemán. Por su parte, los textos de Robert Fogel refieren tanto la historia como la economía de Estados Unidos; los de Peter Gay, hacen referencia a la historia relacionada con la psicología, particularmente, el capitalismo vinculado con el psicoanálisis; y los escritos de Bruce Graham Trigger unen auspiciosamente, la historia con la arqueología, gracias en parte, al enfoque comparativo que despliega.

2. Filosofía analítica de la historia

Pese al optimismo aparente expuesto en el anterior párrafo, se ha advertido claramente que el problema de la historia no es un problema más entre otros. No se trata de un cuestionamiento superficial, sino que apunta al sentido del trabajo del historiador. El presente párrafo muestra que la discusión sobre los límites y las posibilidades del desarrollo de la historia como un quehacer *científico*; es de carácter *filosófico* y, concretamente, *epistemológico*. Pero, se trata de una labor elusiva y equívoca, puesto que no existe una sola definición de “ciencia”. Por lo demás, es necesario tener en cuenta que la fundamentación de la historia como producto intelectual, está marcada por la ideología dominante de la sociedad, definiendo enfoques diversos que cambian de modo variable y polémico.

La problemática referida a cómo y en qué medida es posible desarrollar la historia *científicamente*, subsiste en tanto no se termina de dilucidar qué puede o qué debe entenderse por *ciencia*; además de cómo se realizan las *actividades científicas* y cuándo se constata que se habría producido un aporte disciplinar. Siguiendo esta línea, actualmente es posible identificar al menos tres concepciones epistemológicas que sostienen una *definición* propia y ostensiva de la ciencia. Es decir, hay tres *epistemologías generales* inconciliables entre sí, que generarían efectos dispersos respecto del desarrollo de la historia como *ciencia*. Se trata, en primer lugar, de la teoría idealista; en segundo lugar, de la ciencia concebida

desde la perspectiva epistemológica del neopositivismo; y, en tercer lugar, la visión historicista del conocimiento científico cristalizada en distintas expresiones.

Siendo el cuestionamiento sobre la científicidad de la historia, la pregunta que toda epistemología especial debe resolver; dado, por otra parte, que esta dilucidación constituye el objeto de la filosofía *analítica* de la historia; cabe desarrollar las soluciones esbozadas en el pensamiento filosófico que hacen de la historia, su objeto de conocimiento.

La concepción *idealista* tiene muy larga tradición filosófica; en verdad, se remonta a la teoría platónica de las ideas en el siglo IV antes de nuestra era; pero el desarrollo más reciente fue de filósofos e historiadores como Robin George Collingwood, de quien ya se hizo una presentación breve; y, en Francia e Italia, Raymond Aron y Benedetto Croce, respectivamente. Las puntualizaciones de Collingwood defienden la concepción de que el trabajo del historiador es *científico* en la medida en que realiza la *coligación*. Por coligación entiende la resurrección intencional en la mente del historiador, de la mente de los actores históricos de quienes habla. El filósofo e historiador inglés escribe que todo lo que el profesional de la especialidad conoce “históricamente son pensamientos que puede repensar”⁵. Su noción de *mente* incluye no solo la parte intelectual de la subjetividad de los protagonistas de la historia, sino también la parte emocional, axiológica y volitiva; debiendo ampliarse la comprensión a los rasgos de personalidad y el carácter de los actores históricos.

Es decir, entendiendo que la esencia de los hechos y los procesos históricos expresan cómo la *mente* de los actores los habrían producido —a veces como resultado de la relación de cooperación, pero, por lo general, como expresión de relaciones de conflicto—, al historiador le cabe la tarea de captar tal esencia reproduciendo y recomponiendo en su *mente*, la subjetividad y el juego de subjetividades y *mentes* que dan lugar a que se produzcan los hechos y los procesos históricos. Tal procedimiento de la coligación garantizaría, en consecuencia, el conocimiento *científico* de la Historia.

Frente al optimismo idealista, la epistemología *neopositivista* niega calidad científica a la historia. Para esta concepción sobre la ciencia, siendo que el conocimiento científico es comunicable, racional y planificado, es posible admitir que la historia satisfaga esas condiciones. No obstante, tales enunciados deben ser también *legales* (se requiere que reflejen relaciones sustantivas y características esenciales de esferas particulares de la realidad), deben ser *explicativos* (tienen que indicar las causas que ocasionan los fenómenos o que permitan deducir nuevas tesis); deben ser *predictivos* (anticiparse a los hechos que acontecerán en el futuro previéndose inferencias formales); y deben ser proposiciones *abiertas* (ser parte de

5 Véase la obra de citada Robin George Collingwood, p. 213; en especial el capítulo “La historia como conocimiento de la mente”, pp. 212 ss.

redes teóricas donde se insertan nuevos enunciados). Finalmente, los asertos también deben ser *útiles* (servir para aplicarlos a la tecnología). Pues bien, dado que la historia no satisface la primera y más importante condición –formular *leyes*–, su estatuto epistemológico no puede ser asentido como plenamente *científico*.

No obstante, algunas estrategias metodológicas del trabajo de los historiadores, particularmente en enfoque comparado y la metodología cuantitativa, ofrecerían expectativas algo más auspiciosas. Si bien en este caso tampoco es posible formular leyes, al menos la contrastación con indicadores ofrece mayor verosimilitud científica. Por lo demás, en el corazón del neopositivismo sigue latiendo un críptico optimismo cristalizado en el “pragmatismo positivista”, que reduce la cientificidad de la historia a la narración de *lo que en efecto, habría sucedido*. El problema es que lo que habría sucedido es lo que precisamente dicen los historiadores que vale la pena decir que sucedió.

Aparte del idealismo y el neopositivismo, en el siglo XX también se han desarrollado interesantes afirmaciones teóricas llamadas “historicistas”. Según esta perspectiva, la ciencia es un producto histórico, un contenido epistemológico claramente diferenciado. El *historicismo* realiza sugestivas proposiciones en torno a la “filosofía analítica de la historia” que, en el contexto contemporáneo, auspicia pautas explícitas para concebir la cientificidad de la historia como disciplina. El historicismo se ha realizado en la teoría de los paradigmas de Thomas S. Khun, en la visión anarquista de la ciencia de Paul Feyerabend y en el enfoque genealógico de Michel Foucault. Son enfoques alternativos al neopositivismo y al idealismo, que establecen nuevas formas de ver, comprender, apropiarse y proyectar el pasado con evidente interés en el presente, tanto para el futuro individual como para el colectivo, de modo tolerante, relativo y diverso.

Ciertos contenidos comunes entre las tres variantes del historicismo, establecen que para tales enfoques no existe la ciencia en singular y con mayúscula. Desde la perspectiva historicista solo se puede hablar de “teorías científicas”, múltiples y distintas. Todas tendrían igual legitimidad epistemológica: es decir, deberían ser asumidas y valoradas como relativas, y ninguna superaría a las demás por ser plenamente verdadera: son teorías que surgen y tendrían valor en el contexto ideológico donde estén. De este modo, lo que en una determinada etapa de la historia de la humanidad se denomina “científico”, resulta ser solo otro producto histórico de valor restringido, validado por los discursos o saberes triunfantes del momento, articulado al contexto y a la formación discursiva prevaleciente.

La “ciencia de la historia” según la epistemología historicista, sería un conjunto de tareas reconocidas como *científicas* en el contexto social, político e ideológico donde se producirían. Se trata de las condiciones del saber triunfante, el paradigma vigente y la noción prevaleciente de la ciencia, con lo que se instituye, valida y determina el modo cómo la reflexión, el análisis y la producción de conocimientos tendrían valor *científico* para ese contexto, apareciendo como formas intelectuales de valor incuestionable, sancionadas por la respectiva comunidad.

En oposición al “idealismo universalista” y al “positivismo pragmático”, que afirman o niegan respectivamente en cada caso, la posibilidad de que la historia sea un quehacer *científico*; el enfoque historicista no se pregunta si la labor de los historiadores del momento es o no *científica*. Destaca, por el contrario, como una variable de notable influencia sobre lo que es la ciencia y los criterios que deciden la científicidad de una teoría, la influencia del momento histórico respectivo. La crítica del historicismo enfatiza la “subalternación intelectual” que ratifica un modelo explícito de reproducción científica. Las causas de dicha subordinación positivista e idealista pueden ser la incompetencia teórica, el autoritarismo ideológico; la incapacidad de teorización y de reflexión, los impulsos de poder que rechazan toda crítica, los impulsos intolerantes que perpetúan sistemas ideológicos verticales reñidos con la diferencia, la argumentación racional y con la libertad intelectual.

La perspectiva epistemológica del historicismo es una visión relativista de la historia como quehacer disciplinar, de acuerdo a lo que en el momento y el contexto espacial se valide como *científico*, explicitándose contenidos teóricos significativos, definiciones que es necesario adoptar, y problemas que habría que resolver. La articulación de las disciplinas entre sí y de los métodos, además, la conciencia sobre los prejuicios que se incorporan en el conocimiento histórico; son dimensionados por la comunidad que los valida aceptándolos como prácticas válidas, remarcándose los aportes de investigación y el valor científico de los profesionales. Tal valoración se da según el paradigma prevaleciente que rige el momento según su propia constitución, atendiendo a las condiciones extra-cognitivas definidas por circunstancias internas y foráneas al cuerpo de la investigación. Se trata de determinados factores epistemológicos, como el contexto social, ideológico y político, que vinculan el saber con el poder.

La “teoría de los paradigmas” de Thomas Kuhn establece que no es posible suponer una noción universal de *la ciencia*. Según tal concepción, sólo se puede comprender lo que la ciencia ha significado para la humanidad si se considera tal valoración desde una perspectiva *histórica*. La historia muestra que no existe una definición universal y necesaria del conocimiento científico, y que este depende de las condiciones ideológicas, políticas y culturales, en general, de las que emerge; consolidando específicas definiciones sobre la ciencia, el método y la validación, dando lugar a quehaceres científicos disciplinares.

Los paradigmas son transdisciplinarios e incommensurables; ostentan el mismo valor epistemológico. Ninguno es más o menos verdadero que otro. Por ejemplo, las nociones medievales sobre el conocimiento teológico-científico, y las nociones asentadas desde el Renacimiento y que se consumaron en la modernidad occidental respecto del conocimiento de la realidad, son tan valiosas unas como otras. También son incomparables, irreductibles e igualmente válidas, por ejemplo, las concepciones del pensamiento marxista sobre la ciencia (el materialismo dialéctico), y la visión neopositivista del Círculo de Viena, el empirismo

lógico de fuerte tradición inglesa y la teoría falsacionista de Karl Popper; el paradigma aristotélico-ptolomeico y la revolución copernicana; además de los métodos hipotético-deductivo, el platónico y el tomista. No obstante, también se producen en la historia, importantes *revoluciones científicas* marcadas por la persistencia de las anomalías que exigen nuevas elaboraciones teóricas. En este sentido, si bien no existe un “progreso” científico unilineal determinado, los paradigmas que se erigen sobre la solución de las anomalías de los anteriores, tienen al menos parcialmente, la consistencia suficiente para absorberlos.

Como parte del historicismo, se hallan los contenidos de la epistemología anarquista de Paul Feyerabend. El filósofo vienés piensa que el método es la parte *ideológica* de la ciencia, y que el conocimiento científico está indisolublemente unido a intereses políticos circunstanciales constituyéndose en un juguete instrumentado por la propaganda y la moda. Para él, “todo vale” en la ciencia, sea como procedimiento, descubrimiento o construcción; siendo evidente la existencia de meollos racionales en prácticas tradicionales como la astrología, la medicina ancestral, la religión o el arte, que bien podrían servir para desarrollar prácticas científicas. Además, la concepción anarquista de Feyerabend denuncia que el conocimiento científico no debería ser considerado una práctica hegemónica de poder político alguno; que hay valores *científicos* en las culturas tradicionales y que, por lo tanto, la historia no determina un decurso o progreso que todos deben seguir por el camino positivo que conduce al estadio científico que se presenta como la única meta marcada por el paso vanguardista de los países occidentales. Desarrollar el conocimiento histórico con estas premisas epistemológicas asumiendo que el producto intelectual puede ser científico, es sin duda, un desafío teórico de auspiciosas consecuencias.

Finalmente, las aseveraciones del enfoque “genealógico” desarrollado por Michel Foucault se asemejan a la teoría de los paradigmas. Se trata del énfasis en las condiciones, circunstancias y particularidades que se debe tener en cuenta, el momento de establecer cómo se produce el conocimiento. Según el filósofo de Poitiers, existe un *a priori* histórico que obliga a efectuar consideraciones de contexto para tratar acerca del surgimiento, el desarrollo y la validez de cualquier discurso, sea o no considerado “científico”. El *a priori* histórico que permite la erección de una teoría “se define como el conjunto de reglas que caracterizan una práctica discursiva... reglas que están comprometidas con aquello mismo que ligan”⁶. Es decir, asumiendo que todo discurso surge dentro de determinadas prácticas discursivas, todo texto refiere un sistema de enunciados como acontecimientos y cosas, articulándose como parte de un archivo. Para Foucault, el archivo debe ser concebido como “la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares”⁷.

6 Cf. de Michel Foucault, *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Siglo XXI, p. 217.

7 *La arqueología del saber*, Ídem, p. 219.

Al explicitarse el contexto, el análisis del discurso lo mienta como constituido por una *episteme* determinada. La *episteme* es el conjunto de partes y relaciones que, en una época específica, condiciona las acciones individuales y sociales fijando regularidades sobre los objetos, aceptando proposiciones determinadas por su estilo, contenido y sentido; y obligando a los sujetos a abstenerse de cuestionar las elecciones temáticas, los usos conceptuales y las metodologías desplegadas. Tanto el *a priori* histórico, como la *episteme* y el archivo, regulan el valor científico de la producción de conocimiento histórico, según las particularidades de la formación discursiva prevaleciente, donde surgen y adonde retornan las prácticas del discurso histórico.

3. La crítica de Roland Barthes

Las puntualizaciones precedentes permiten abordar en este y el siguiente párrafo, dos perspectivas diferentes que facilitan la comprensión de la diversidad de perspectivas sobre la epistemología de la historia. En primer lugar, se trata del análisis lingüístico del discurso histórico según la pregunta que cuestiona lo siguiente: ¿la narración histórica difiere por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como se la encuentra, por ejemplo, en la epopeya, la novela y el drama? Es decir, se trata de responder a la pregunta sobre la diferencia entre el discurso narrativo ficcional y el discurso narrativo histórico, asumiéndose que este es “verdadero” y que podría ser considerado como *científico*. Para responder a dicha pregunta, es conveniente exponer la crítica de Roland Barthes al discurso histórico. En segundo lugar, el siguiente y último párrafo está dedicado a tratar el tema de la genealogía como enfoque epistemológico de la historia, siguiendo el pensamiento de Friedrich Nietzsche.

Paul Veyne que valora el pensamiento de Michel Foucault y que piensa que el filósofo francés habría revolucionado la historia, dice que el quehacer de los historiadores carece de método, que la historia no explica absolutamente nada, no es una ciencia, sería apenas una narración como novela verdadera y que, en definitiva, no existiría⁸. Tales aseveraciones motivan a presentar los contenidos del pensamiento de Roland Barthes sobre el discurso histórico, descubriéndose que su análisis lingüístico es de innegable valor y pertinencia. En efecto, Barthes cercena la posibilidad de la historia como ciencia, la coloca en el mismo nivel ficcional que el discurso literario y echa por tierra la posibilidad de que el discurso histórico exprese la verdad sobre el pasado⁹.

8 Véase de Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Trad. Joaquina Aguilar. Editorial Alianza Universidad, pp. 9-10.

9 Esta parte se basa en el capítulo “El discurso de la historia” del libro de Roland Barthes, *El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura*.

La comparación del discurso histórico clásico con el discurso narrativo ficcional muestra la enunciación de uno y otro caso, casi sin diferencia. Esto se constata en el acontecimiento relatado y en el acto del informador, pero no del todo en la palabra del enunciante. Respecto del acontecimiento relatado, hay semejanza entre la historia y otros géneros ficcionales, como el relato mítico por ejemplo. Así, Heródoto reiterativamente en varios pasajes de su *Historia*, se referiría a los informantes diciendo “tal como lo he oído”. Por su parte, Jules Michelet en su *Historia de Francia*, usaría sin ambages el presente histórico, como si él mismo escuchara una narración de otro enunciador. Es decir, el historiador y el mitógrafo enuncian sus relatos de forma similar.

Respecto del acto del informador, es posible que la historia aparezca también como compleja, no lineal, profunda y mítica; anticipando la función predictiva del historiador y rompiendo la sucesión cronológica. En este caso el narrador solo acompañaría al lector para que desgrane lo que se va a enterar que sucedió. Heródoto presentaría a sus informantes inclusive refiriendo sus antecedentes remotos. Maquiavelo en su *Historia de Florencia*, emplearía de manera relativamente igual, similar cantidad de páginas de un capítulo sea para referirse a varios siglos o sea solamente para hablar de veinte años, si es que estos estuviesen más cerca de su presente. Así, el tiempo-papel en su obra no sería congruente con el tiempo-histórico. Por su parte, el cronista del siglo XIII, Jean de Joinvillé, realizaría una apertura performativa. Su texto marcaría el tiempo de inicio del relato con una palabra solemne, también así lo haría Louis Blanc en su *Historia de la revolución francesa*.

La diferencia entre la narración ficcional y la histórica se evidenciaría en la palabra del enunciante. El discurso literario no tendría destinatario anterior; en cambio, algunos discursos históricos, sí lo tendrían. Tal es el caso de la historia pedagógica representada, por ejemplo, por la *Historia universal* de Jacques Bossuet, donde el autor aparecería como mediador entre Dios y el destinatario. Cuando parecería que el discurso se contaría solo –lo que Fustel de Coulanges denomina “la castidad de la historia”– aumentaría el carácter “objetivo” de la narración. Jenofonte convirtió al narrador en partícipe de lo narrado al referirse a la retirada de los diez mil; pero la lingüística y el psicoanálisis descubren que el enunciador no puede igualarse con la enunciación. Por su parte, Julio César se relataría a sí mismo evocando un “nosotros” inclusivo; sin embargo, su discurso está limitado por los sintagmas de autoridad de su propia posición. Finalmente, en *El arte de la guerra*, Karl von Clausewitz muestra al narrador presente, pero solo se trataría de un truco retórico.

Respecto del segundo componente del análisis del discurso, el enunciado, tampoco Barthes deja advertir sustantivas diferencias entre la narración del discurso histórico y la que se da en el discurso literario. Las unidades de contenido que representan de lo que habla la historia, como en la ficción, no son todo el

referente ni el discurso completo. Lo que acontece es asertivo porque tiene el privilegio de ser así; casi nunca es negativo porque la narración histórica no cuenta lo que no fue, y es muy raro que sea interrogativo. El sentido asertivo predominante en la narración histórica convertiría al historiador en un autor psicótico que hablaría de lo que *objetivamente* “sucedió”. El enunciado histórico incluiría existentes –es decir, seres y entidades–, además de ocurrentes –lo que se predica de ellos–. Los existentes de Heródoto serían dinastías, príncipes, generales, soldados, pueblos y lugares, coleccionados de forma cerrada respecto de lo que podría ocurrir (por ejemplo, devastar, someter, reinar, adivinar, etc.). La colección prevaleciente en la historia sería la guerra, aunque Maquiavelo, por ejemplo, enlistaría sus colecciones, refiriéndolas como jurídica, política y étnica. Siguiendo la lógica de “mantener” las cosas o de “estropearlas”, sería posible la “conjura” como medio para hacer que subsistan. Frente a las colecciones cerradas, los historiadores románticos –tales serían los casos de Michelet y Bossuet, por ejemplo– dispondrían de objetos temáticos variados, porque asumirían que su labor sería efectuar una narración sustantiva de la historia divina.

La comparación puntual de ambos discursos, permite a Barthes establecer lo siguiente: En primer lugar, la ficción y la historia hablarían de múltiples signos que remitirían a un solo significado; esto sería típico de la novela clásica y frecuente en muchos historiadores. En ambos discursos, la anécdota y la casuística serían parte de silogismos imperfectos o truncados, dejando adivinar el contenido que falta. En segundo lugar, es posible establecer tres tipos de discurso histórico: la historia como “función” del relato, como trama de indicios, o como discurso reflexivo.

Por ejemplo, el ocurrente de Heródoto referido a “consultar el Oráculo”, remitiría a agrupaciones sintagmáticas de series cerradas. Así, la secuencia incluiría consultar o no al Oráculo, responderle o no; y, finalmente, seguirlo o no. Tal sería la historia como “función” del relato; rellenaría los intersticios probables. Por ejemplo, si la historia se volviese lírica y simbólica como en Jules Michelet, o se haría metonímica, emparentándose con la epopeya (como es el caso de Augustín Thierry en su *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*); entonces en ella predominarían los indicios que referirían indefectiblemente significados sustantivos. Finalmente, si la historia reflexionaría sobre las alternativas de los actores (como en Maquiavelo, por ejemplo), se haría reflexiva y estratégica.

Respecto de la **significación de la historia**, Barthes señala que la historia no tiene significado si carece de estructura, si solo transmite anotaciones. Tales serían los casos de las cronologías y los anales. Se trataría de un índice de núcleos en una secuencia de indicios; inclusive cuando los hechos se presenten de forma anárquica, referirían la anarquía.

Los significados que el historiador daría a su discurso pueden ser: 1) de inmanencia (si relievaban algunos hechos o conflictos, por ejemplo, Tucídides en

la *Historia de la Guerra del Peloponeso*). Aquí aparecerían las lecciones morales y políticas. 2) de trascendencia. Aquí aparecerían la insistencia pedagógica y el sentido (en Heródoto, los hombres se someterían a los dioses; y en Michelet, todo significaría algo sólidamente articulado). En ambos casos, los significantes y no los hechos, darían positividad a la narración, haciendo que la civilización adquiriese sentido en la historia como el acopio de la serie. Se trataría en cualquier caso, de una elaboración imaginaria o ideológica.

Como resultado del análisis lingüístico, aquí surgiría la paradoja fundamental del discurso histórico: Todo aparecería como si el lenguaje fuese la copia de una existencia previa –de la realidad–; sin embargo, el *hecho* es tal solo porque tendría existencia lingüística. La narración histórica sería un discurso en que el referente sería exterior al discurso sin que sea posible acercarse a él fuera del propio discurso. Es decir, el discurso lo instituiría como tal, cuando debería ser a la inversa. El discurso histórico sería imaginario porque el enunciante lingüístico “rellenaría” al sujeto de la enunciación (al historiador). Así, la sentencia de Nietzsche aparece como absolutamente clara: “No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho”. El lenguaje produciría los hechos; lo que anotaría sería anterior a lo observable y lo observable se convertiría en algo digno de la memoria. Pero lo digno de memoria debería ser anotado, por lo que resulta irremisible, incurrir en una petición de principio.

La historia “objetiva” convertiría a la realidad en un significado informulado, protegido detrás del referente. Así, el discurso histórico crearía un “efecto de realidad”, no concordaría con la realidad y solo la significaría. La realidad sería transformada en significado vergonzante. Al repetirse que *esto sucedió así*, el discurso solo mostraría la cara del significado de toda narración histórica que el mismo discurso crearía. Lo sucedido sería una obsesión; y al lado de la historia aparecerían con similar calidad, la novela realista, el diario íntimo, la literatura documental, el suceso, el museo histórico, la exposición de antigüedades y la fotografía: se trataría de las “evidencias” que mostrarían *lo que realmente sucedió*. Aquí ser mostraría como evidente el acto de la palabra como acto soberano de autoridad.

La historia no podría separar el referente (es decir, el *hecho en sí*) de las aseveraciones sobre él mismo (su “narración”). La crisis del discurso histórico sería la crisis del género narrativo, inaugurado en el siglo XIX. Es la crisis del modelo de Augustín Thierry que como teórico de la historia narrativa, consagró a la narración como la máxima ficción. Así, de un modo idéntico, la narración ficcional y los mitos se convertirán en signo, terminando siendo la prueba de la realidad. Thierry, con la prolífica argumentación de la arquitectura, la verdad y los detalles de la narración histórica, solo habría podido ver en la narración un significativo privilegiado de la realidad.

Frente al final de la historia narrativa, comienza a asomarse para Roland Barthes como una alternativa plausible, la llamada *historia estructural*. No se

trataría de narración alguna, no existiría cronología en ella, mataría al relator y no instituiría lo real del pasado, apenas se referiría a lo inteligible como algo posible. Así, aparecería la sombra de Nietzsche.

4. Nietzsche y la genealogía

Según Gianni Vattimo, Friedrich Nietzsche retorció el ingenuo optimismo de la modernidad sembrando dudas profundas acerca de la posibilidad de que la historia se realice como *ciencia*¹⁰. Trasmutó los valores de la civilización moderna, estrujó sus fundamentos y desenmascaró a la razón como una “vieja embustera”¹¹. La búsqueda del fundamento originario y de las verdades definitivas y profundas fue aplastada por el filósofo de Röcken.

Nietzsche destruyó la modernidad a fuerza de golpear con el martillo de la crítica, demolió el edificio pétreo e inmovible de la ciencia y la metafísica. Hizo que la fatuidad de la verdad, en el conocimiento científico y filosófico se convirtiera en una metáfora del absurdo, asesinó a Dios y destruyó la gramática y los fundamentos del sentido último de las cosas. La ciencia, la filosofía, la religión, la historia, la moral y cualquier otro discurso, fueron develados como fábulas de la imaginación humana. Sí, también el trabajo pretenciosamente “objetivo” de los historiadores más optimistas, aparece como una ilusión de la verdad y la construcción de imágenes que el hombre fabula en su mente según sus creencias y búsqueda de satisfacción.

En su filosofía, no existen contenidos verdaderos, nada es definitivo, la Historia no tiene sentido y ante la vida se abren infinitas posibilidades que conducirían irremisiblemente a abismos insondables. Frente a quienes presentan la Historia como la maestra de la vida, que enseña lo que el hombre no debe y puede hacer; Friedrich Nietzsche postuló balancearse en la cuerda floja de la vida sobre el abismo, siguiendo el camino del relativismo, el escepticismo y el descreimiento radical que solo busca el azar, la casualidad y la intensidad. Ningún conocimiento del pasado sirve para crear, es decir, para vivir dando rienda suelta a los sentimientos y a las emociones, degustando la nada, venciendo uno mismo sin certidumbres, y abominando de la cómoda seguridad de la fe. Nietzsche representa el rechazo visceral del “progreso”; las convicciones, la esperanza y las certidumbres que proveería la Historia para la vida.

Los textos que los historiadores escribirían, suponiendo ingenuamente que mostrarían cómo fueron los acontecimientos, presuponiendo sentidos arbitrarios,

10 Gianni Vattimo piensa que Nietzsche y Heidegger serían los filósofos que habrían posibilitado el nacimiento de la postmodernidad filosófica. Cfr. *El fin de la modernidad*, Capítulo X, pp. 145 ss.

11 Cfr. *El crepúsculo de los ídolos*. En el fragmento V, “La razón en la filosofía”, Nietzsche dice: “¡La razón en el lenguaje, qué vieja embustera! Temo que no nos libremos jamás de Dios, puesto que creemos todavía en la gramática”, p. 32.

conducirían a finales preestablecidos; sin embargo, serían apenas interpretaciones posibles de autores demasiado *humanos*. En definitiva, cualquier texto filosófico o histórico sería el reflejo especular en forma verbal, de las convicciones personales, los intereses y las creencias íntimas, constituyéndose en una coartada que oculta las esperanzas personales, la pulsión de verdad y los temores de que escritores y lectores se desmoronen en el vacío del sinsentido.

Para Friedrich Nietzsche, la Gran Historia no existe. El supuesto decurso racional monumental hacia una meta universal, es solo un despropósito. Apenas habría pequeñas historias que los historiadores ofrecen teñidas de su propia subjetividad, narraciones relativas y fugaces que no se diferencian de cualquier fábula. Ningún compromiso con el presente tendría valor y la supuesta comprensión del pasado carecería de utilidad. El sujeto no debería vivir como si estuviese dirigido hacia el futuro, porque las esperanzas de que sus tribulaciones terminen y el devenir le ofrezca un sentido serían absurdas.

¿Para qué es útil la actividad de los historiadores? ¿Acaso el cúmulo de lo que enseñan tales especialistas es sólo la compilación arbitraria de lo que la humanidad buscaría darse a sí misma? ¿Es posible un relato inconexo que no deslice subrepticamente algún sentido introducido por filósofos e historiadores? Para Nietzsche, la única forma de pensar el quehacer del historiador es como *genealogía*.

Michel Foucault dice que la genealogía es gris, meticulosa y documentalista. Percibe la singularidad de los sucesos donde pasan desapercibidos, rompe las monotonías y se encarniza en la erudición¹². La genealogía carece de meta-relatos, significados ideales y horizontes teleológicos. Nietzsche la habría concebido en dos sentidos:

Primero, la genealogía define todo objeto de investigación. Establece subjetivamente el nacimiento de los procesos marcando, por ejemplo, el origen de los prejuicios morales. En su *Genealogía de la moral*, Nietzsche enfatiza la unidad entre el comienzo (*Herkunft*), el nacimiento (*Entstehung*), la alcuña (*Abkunft*) y el parto (*Geburt*). **Segundo**, la genealogía es la posibilidad de identificar formas móviles y anteriores a lo que es externo, accidental y sucesivo. Así el origen (*Ursprung*) refiere un salto o un estallido (*Sprung*). Son las interpretaciones replegadas en las cosas las que motivarían reírse de ellas, de su vanidad y falsedad, descubriendo que su principio solemne ensalzado por los historiadores fatuos sería apenas otra fábula de la razón y el fanatismo de los sabios.

Friedrich Nietzsche también critica la supuesta objetividad de la narración histórica. No existiría exactitud alguna que permitise referir el pasado inmóvil descubierto por el historiador en su esencia o relaciones causales. Para Nietzsche, tal presunción apenas sería una perspectiva desdibujada, una geometría fic-

12 Véase de Foucault, "Nietzsche, la genealogía, la historia", publicado originalmente en París en 1971 en el volumen titulado *Hommage a Jean Hyppolite*, pp. 145-72. La versión española se incluye en la compilación *Microfísica del poder*, pp. 7-30.

ticia, la imitación de la muerte que penetra en el reino de los muertos: sin rostro y sin nombre, engañando con la supuesta ley de una voluntad superior. Escribe:

“No puedo soportar estas concupiscencias eunucas de la historia, a todos estos defensores a ultranza del ideal ascético; no puedo aguantar esos sepulcros blanqueados que producen la vida, no puedo soportar a esos seres fatigados y debilitados que se escudan en la sensatez y aparentan objetividad”¹³.

El comienzo (*Herkunft*) que el filósofo escrutaría y que el historiador interpretaría, sería algo mejor que contar la verdad del surgimiento de lo que tendría valor en sí mismo. Es el conocimiento diferencial de las energías y los desfallecimientos; de las alturas y los hundimientos, de los venenos y contravenenos. Sería la procedencia, las fuentes, la pertenencia a grupos de sangre y a tradiciones, siempre relativas y contingentes, repitiendo infinitad de veces lo que ya fue de muchos modos y anticipando próximas repeticiones de lo que será en infinitad de maneras. Es escribir acerca de lo que somos en la exterioridad y el accidente, viendo las raíces de nuestro cuerpo, el nacimiento de nuestros deseos, errores y aspiraciones, allí donde se entrelazan y expresan, se desatan, luchan y se borran en un conflicto infinito. Ni el hombre, ni su cuerpo estarían suficientemente fijos para comprenderse a sí mismos, y menos a los demás. La *genealogía* articula el cuerpo y la Historia mostrando cómo se producen las múltiples tensiones, presencias y destrucciones.

El nacimiento (*Entstehung*) que el filósofo descubre y el historiador describe, sería la emergencia del poder, el despliegue de diagramas de fuerzas y sus variaciones. El genealogista muestra el juego que domina, cómo luchan unas fuerzas contra otras, cómo combaten instituyendo diversos sistemas de sumisión en el juego perverso y azaroso del dominio. El genealogista despliega escenas de fuerza, muestra su irrupción, señala los movimientos bruscos que hacen saltar con vigor y juventud las bambalinas del teatro de la Historia. Interpreta el surgimiento de las reglas, cómo se impusieron direcciones, se replegaron voluntades y se creó sometimiento como movimiento inacabado y renacido del poder efectivo y emergente: se trata del es el proceso que se restaura y vuelve a instituirse una y otra vez, *indefinidamente*.

¿Cuál es el modelo de historiador que Nietzsche destruye? El que cree que narra la verdad de lo que pasó y que, en general, supone que existe un final, un ideal ascético, o el sentido que orienta lo particular dotándole de valor hacia la totalidad universal. Nietzsche destruye el estereotipo intelectual del historiador que cree mostrar *lo que pasó*, que presume, por ejemplo, que las guerras son tran-

13 El texto citado por Foucault está en “Nietzsche, la genealogía, la historia”, p. 24. La cita corresponde a *La genealogía de la moral*, III, 26. La traducción de Andrés Sánchez está en Alianza Editorial, pp. 180-1.

sitorias y se orientan a una finalidad noble. Nietzsche rechaza que la explotación y el poder se encaminen por la “astucia de la razón”, a su negación. No acepta las elucubraciones pudibundas sobre la paz perpetua, el final de las contradicciones sociales y económicas, la renuncia general a la violencia, la conformación de un Estado cosmopolita o la preeminencia holística del reino absoluto de la libertad.

Nietzsche instaure en lugar del filósofo puritano y el historiador *objetivo*, la figura del *genealogista*. Se trata de quien tendría una pulsión anti-histórica. El intelectual intenso y obsesivo, explosivo y fragmentario, que habría asumido la parodia como expresión esencial de su mensaje. Diluiría su identidad perdiéndose en los abismos de la casualidad y el retorno, destruyendo la historia tal y como provoca que se haga añicos cualquier contenido que pretendiese ser conocimiento *verdadero*.

El genealogista usaría la parodia como estrategia retórica, destruiría la idea de que el historiador ofrecería reminiscencias intelectuales del pasado. Organizaría el carnaval del tiempo haciendo que se repitan miles de máscaras, destruiría la historia monumental y haría que se precipiten a tierra las grandes cumbres, borrándose la magnificencia de cualquier pasado idealizado en sus personajes, hechos y situaciones. Seguiría el hilo de las sucesiones marcando los nudos donde los mundos paralelos se bifurcarían y desde donde comenzarían a hilvanarse nuevas *historias* que, sin embargo, serían repeticiones de lo que ya sucedió.

El genealogista combatiría el *modelo de la memoria* recreando una forma inédita de tiempo que *retorna*: instituiría el movimiento pendular y regresivo del tiempo. Avizoraría la memoria del pasado en la lontananza del futuro. Disociaría su identidad, disiparía la sustantividad colectiva de toda posible manifestación, haría aparecer las discontinuidades que lo atraviesan a él y a su público; en fin, resaltaría la heterogeneidad que prohíbe cualquier esencia. Nietzsche destruye también el trabajo de los historiadores según la visión *de anticuario*. Se trata de la tendencia a enraizarse en el presente, en las tradiciones sustantivadas, en las continuidades encaminadas a un sentido, en la epopeya de los valores épicos y gloriosos que darían sentido a las raíces de los personajes y los pueblos. Se ríe de todo esto... El filósofo prusiano apenas afirma con desaprensión, el libre juego consolador de reconocimiento que se re-instituye a sí mismo.

Al destruir la historia como *conocimiento*, el genealogista instauraría la voluntad de saber, asentaría el instinto. El genealogista estaría consciente de las posiciones que adopta, de la necesidad de encarnizar sus gestos, de ser el inquisidor del pasado, de refinar su crueldad intelectual, su maldad teórica y de descubrir la violencia prevaleciente ahora y siempre, en el pasado y en el futuro, mostrando cómo, de una y mil formas, la fuerza y el poder serían siempre redituados en el presente que retorna.

Frente a una inexistente verdad universal y la ausencia de cualquier estabilidad, el genealogista multiplicaría los riesgos, haría crecer los peligros, acabaría con las protecciones ilusorias, desharía a los sujetos, liberaría todo lo que encarniza y destruiría al *yo* asumiendo que las fuerzas de la Historia sólo obedecen al azar

de una lucha aleatoria e infinita. Michel Foucault resume a Nietzsche diciendo: “la veneración de los monumentos se convierte en parodia; el respeto de las viejas continuidades en disociación sistemática; la crítica de las injusticias del pasado por la verdad que el hombre posee hoy se convierte en destrucción sistemática del sujeto de conocimiento por la injusticia propia de la voluntad de saber”¹⁴.

¿Cómo Nietzsche verbaliza la escritura genealógica? Gracias al estilo fragmentario. El sistema, la verdad y la objetividad de la visión lineal de la historia se expresarían en la escritura articulada, ordenada, dividida y completa: sería la narración con principio, la trama de acontecimientos que se entrelazarían y el desenlace de los procesos. Frente a tal tedio intelectual, el *genealogista* evidenciaría la pasión de lo que no acaba, expondría el pensamiento viajero, las afirmaciones que se sobrepasan a sí mismas en el murmullo de las negaciones asentidas, y el impulso irrefrenable por atacar en todos los flancos posibles. Es la destrucción de la pulsión de verdad de los filósofos y la pretensión de objetividad de los historiadores.

Los fragmentos nietzscheanos remiten al juego, al azar, a la risa... Es un trazo ingenioso sin huella ni transcripción, simultáneo y reversible; se trata del guijarro que se volatiliza en la agresión consumada, el guijarro de la crítica que despedaza lo constituido mostrando apenas el pensamiento lábil rebosante de escansiones. Es el texto opuesto al “*bric-a-brac* de conceptos heteróclitos de los filosofastros de lo real”¹⁵.

Los fragmentos muestran el uso intempestivo, irrespetuoso y contradictorio de los conceptos ácidos y destructivos. Frente a los historiadores que pretenden descubrir la verdad del pasado descorriendo el velo que la encubre, en contra de quienes se obstinan en mostrar alguna fuente que dé verosimilitud a sus teorías, para Nietzsche la *genealogía* se realiza en el éxtasis, en el pensamiento viajero que “viene cuando él quiere y no cuando yo quiero”¹⁶. Su obra es una sinfonía de intensidades oscilantes y de vibraciones internas, una síntesis paradójica entre la vida y las ideas, de textos rebosantes de ironía, de destellos psicológicos que aplastan con crueldad los acordes intelectuales de flujos y reflujos con ahogos variables.

Pierre Klossowsky dice que la escritura fragmentaria es la fluctuación de intensidades gracias a la predisposición para comunicarse¹⁷. Fluctuación interpretada a sí misma que descubre su sinsentido al perder y encontrar significados quebradizos. A la intensidad del principio sigue la calma hasta reiniciarse el proceso de auto-reconocimiento en la escritura fragmentaria de algo que no tiene tiempo, secuencia, estructura narrativa ni final feliz. Según Nietzsche, de-

14 Michel Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, Op. Cit. p. 29.

15 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Fragmento 10, p. 16.

16 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Fragmento 17, p. 24.

17 Pierre Klossowsky, “Olvido y *anamnesis* de la experiencia vivida del eterno retorno”, pp. 626 ss.

bido a que “lo pensado debe ser seguramente una ficción”¹⁸, el escritor vive con intensidad y éxtasis intelectual, la restitución de la apariencia, la identificación de la verdad con la fábula y la fantasía¹⁹. Lo que es posible e imaginable resulta existente y real. El genealogista confirmaría que cualquier expresión de magia del intelecto es necesariamente una anticipación de lo que puede y debe existir.

En el extremo, el genealogista patentizaría la exasperación de la razón y la excentricidad de la gramática. Se obstinaría en la disgregación mostrando una desconfianza radical y un rechazo invariable a cualquier gesto o pista que sugiera verdades teleológicas. Brillarían en él, la duda y las negaciones, las mentiras siempre verdaderas, las apariencias sin fondo y las infinitas expresiones artísticas que manifiestan, según escribe Nietzsche, el “sentir como una belleza deseada, la ruptura de una simetría demasiado rígida, tener oído sutil y paciente para el menor *staccato*, el menor *rubato*; saber dar un sentido a la sucesión de vocales y diptongos, saberlos colorear y bañar con los más delicados y ricos matices, por el simple hecho de su sucesión”²⁰.

Escribir genealógica y fragmentariamente implicaría irrumpir con símbolos de múltiples significados. Emanaría sugerencias intempestivas, interpretadas de distintas formas, motivando reacciones diferentes, siempre de modo inacabado y repetido. El genealogista implicaría y sobrepondría los lenguajes unos con otros; haría que las palabras jueguen preeminentemente, desafiaría a las fuerzas reactivas para desencadenar situaciones existenciales en los umbrales de la insensatez. Escribir la historia como genealogista mostraría las máscaras que se anteponen a los acontecimientos ahora y antes, sabiendo que en el futuro, se pegarán también delante del rostro de los acontecimientos. El genealogista sería el eterno bailarín que jugaría con imágenes fragmentadas, mostraría series de repeticiones en las partículas de los espejos, escribiría superando el hastío y la vacuidad con un radical descreimiento en la “objetividad”. En *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche dice:

“El espíritu objetivo es un espejo habituado a rendir penitencia a lo que reclama ser conocido, sin más deseo que el de conocer, *reflejar*; así espera los acontecimientos para que su epidermis retenga la huella más leve. Lo poco que le queda de *personalidad* le parece accidental, a menudo arbitrario, y más a menudo incluso molesto, considerándose a sí mismo como un estado intermedio y pasajero, un simple reflejo de formas y cosas extrañas”²¹.

18 *La voluntad de poder*. Fragmento 533, p. 302.

19 En varias obras Nietzsche identifica el “mundo verdadero” con el “mundo de la apariencia”. Al respecto véase *La voluntad de poder*. Fragmento 558, p. 315. También *El crepúsculo de los ídolos*, “Cómo el Mundo-verdad vino a reducirse al cabo en una fábula”, pp. 34 ss.

20 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Fragmento 246, p. 180.

21 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Fragmento 207, pp. 126-7.

Las palabras, las lenguas, los contenidos, las afirmaciones, los epigramas, las esquirlas que se esparcen cada vez que Nietzsche escribe algo, son las acrobacias de alguien que se muestra extático e intenso, alguien para quien la apariencia es “lo vivo y eficiente que se burla de sí propio”. En *La gaia ciencia*, el filósofo de Röcken escribió: “no hay más que apariencia y fuego fatuo y danza de fantasmas... entre tantos soñadores también yo, el *cognoscente*, ejecuto mi danza”²².

Ante la historia fatua y monumental que supone la magnificencia de una continuidad épica, ante la visión del anticuario que cree que el pasado encubre valiosas verdades que se descubrirán, ante el historiador teleológico o el utopista, empeñados en encontrar el sentido universal de los acontecimientos parciales y elusivos, Nietzsche afirma los fantasmas entregados al éxtasis. Habla del fuego y la danza que empujan, como arrastraron siempre a los hombres y volverán a hacerlo, por los insondables círculos del *retorno*, donde la pasión, la vida, la alegría, el peligro y la Historia nacen, mueren y se rehacen, continua e indefectiblemente en un movimiento estético sin meta ni final.

Bibliografía

ADORNO, Theodor W.

Epistemología y ciencias sociales. Trad. Vicente Gómez. Editorial Cátedra, Universidad de Valencia. Colección Frónesis, Madrid, 1975.

ANDRÉ, Jean Marie & HUS, Alain.

La historia en Roma. Trad. Néstor Míguez. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, 1975.

ARON, Raymond.

Introducción a la filosofía de la historia: Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica. Trad. Alfredo Claros. Editorial Siglo XX. 1ª edición en dos tomos. Buenos Aires, 1983.

BARTHES, Roland.

El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura. Trad. Cristina Fernández Medrano. Editorial Paidós. 1ª edición. Barcelona, 1987.

BAUER, Wilhelm.

Introducción al estudio de la historia. Trad. Luis de Valdeavellano. Casa Editorial Bosch. 4ª edición. Barcelona, 1970.

BENJAMIN, Walter.

Tesis sobre filosofía de la historia y otros fragmentos. Introducción y Trad. Bolívar Echeverría. México, 2008. Nueva traducción y guía de José Sánchez Sanz & Pedro Piedras Monroy.

22 Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Fragmento 54, p. 77.

BRAUDEL, Fernand.

La historia y las ciencias sociales. Trad. Josefina Gómez Mendoza. Alianza Editorial. 2ª edición. Madrid, 1970.

BUNGE, Mario.

Epistemología: Curso de actualización. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1982.

La ciencia, su método y su filosofía. Editorial Siglo XX. Lima, 1988.

BURCKHARDT, Jacob.

Reflexiones sobre la historia universal. Trad. Wenceslao Roces. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1943.

CARR, Edward Hallet.

¿Qué es la historia? Trad. Joaquín Romero Maura. Ariel. 2ª edición, Barcelona, 1984.

CHILDE, Gordon.

Teoría de la historia. Trad. Aníbal Leal. Editorial La Pléyade. Buenos Aires, 1971.

CLAUSEWITZ, Klaus von.

De la guerra. Trad. Carlos Fortea. Estudio de Gabriel Cardona. Editorial La esfera de los libros. Madrid, 1985.

COLLINGWOOD, Robin George.

Idea de la historia. Editorial Fondo de Cultura Económica. Sección Obras de Filosofía. Trad. Edmundo O'Gorman & Jorge Hernández. México, 1979.

COMTE, Auguste.

Curso de filosofía positiva. Discurso sobre el espíritu positivo. Trad. José Manuel Revuelta. Hispanoamérica ediciones. Buenos Aires, 1985.

DELEUZE, Gilles.

Foucault. Trad. José Vasquez Pérez. Paidós Studio. Buenos Aires, 1967.

Nietzsche y la filosofía. Trad. Carmen Artal. Editorial Anagrama. Barcelona, 1986.

DE MUSSY, Luis G. & VALDERRAMA, Miguel.

Historiografía postmoderna: Conceptos, figuras, manifestos. Ediciones Universidad Finis Terræ & Ril Editores Biblio-diversidad. Santiago de Chile, 2010.

DOSSE, François.

La historia: Conceptos y escrituras. Trad. Horacio Pons. Nueva Visión. Buenos Aires, 2003.

ELIADE, Mircea.

El mito del eterno retorno: Arquetipos y repetición. Trad. Ricardo Anaya. Alianza Emecé. 3ª edición. Madrid, 1980.

FEYERABEND, Paul.

Tratado contra el método: Esquema de una teoría anarquista del conocimiento.

Trad. Diego Ribes. Editorial Tecnos. Colección Filosofía y política. Madrid, 1986.

Adiós a la razón. Trad. José de Rivera. Editorial Tecnos. Madrid, 1992.

Diálogo sobre el método. Trad. José Casas. Cátedra. Colección Teorema, Madrid, 1990.

FINK, Eugen.

La filosofía de Nietzsche. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial.

Madrid, 1980.

FOUCAULT, Michel.

Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Editorial Siglo XXI. México, 1993.

Historia de la sexualidad. Trad. Ulises Guiñazú. Editorial Siglo XXI. En tres tomos. 16ª edición. México, 1989.

La arqueología del saber. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Siglo XXI. México, 1986.

Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas. Trad. Elsa Cecilia Frost. Editorial Siglo XXI. México, 1986.

La hermenéutica del sujeto. Trad. Horacio Pons. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 2002.

Defender la sociedad. Trad. Horacio Pons. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 2001.

Microfísica del poder. Trad. Julio Varela & Fernando Álvarez-Uría. Editorial Siglo XXI, 2ª edición. México, 1979.

“Nietzsche, Freud, Marx”. En *Nietzsche: 125 años*, pp. 634-47.

“Nietzsche: La genealogía, la historia”. En *Microfísica del poder*. Edición y traducción de Julia Varela & Fernando Álvarez Uría. Las ediciones de la Piqueta. 2ª edición. Madrid, 1980.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich.

Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Trad. José Gaos. Alianza. Madrid, 1982.

HERDER, Johann Gottfried.

Ideas para una filosofía de la historia universal. Trad. Rovira Armengol. Editorial Losada. Buenos Aires, 1959.

HERÓDOTO DE HALICARNASO.

Los nueve libros de la historia. Trad. y notas de Carlos Schrader. Introducción de Francisco Adrados. Biblioteca Gredos. Barcelona, 2006.

HESÍODO.

Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo de Heracles. Trad. Aurelio Pérez Jiménez. Editorial Planeta Agostini. Los clásicos de Grecia y Roma. Barcelona, 1995.

JAMESON, Fredric.

Teoría de la postmodernidad. Trad. Celia Montolio Nicholson & Ramón del Castillo. Editorial Trotta. Serie Filosofía. Madrid, 1996.

KANT, Immanuel.

Filosofía de la historia. Traducción y recopilación de Emilio Estiú. Editorial Nova, 2ª edición. Buenos Aires, 1964.

La paz perpetua. Trad. Ángel Sánchez Rivero. Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1972.

KLOSSOWSKI, Pierre.

“Olvido y *anámnesis* en la experiencia vivida del Eterno Retorno de lo Mismo”. En *Nietzsche: 125 años*, pp. 620-33.

KUHN, Thomas.

La estructura de las revoluciones científicas. Trad. Agustín Contín. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1975.

La revolución copernicana. En dos volúmenes. Trad. Doménech Bregada. Orbis Hyspamérica. Madrid, 1985.

¿Qué son las revoluciones científicas? Trad. José Romo. Editorial Paidós. Universidad Autónoma de Barcelona, 1989.

LLANOS VILLAJUÁN, Marino.

Epistemología de las ciencias sociales. Centro de Producción del Fondo Editorial. Universidad Mayor de San Marcos. Lima, 2009.

LEFEBVRE, Henri.

Hegel, Marx, Nietzsche: O el reino de las sombras. Trad. Mauro Armiño. Editorial Siglo XXI, 3ª edición. México, 1978.

LÖWITH, Karl.

El sentido de la historia: Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia. Trad. Justo Fernández. Editorial Aguilar. Colección Cultura e Historia. Madrid, 1973.

LOZADA, Blithz.

Nuevas sugerencias intempestivas. Instituto de Estudios Bolivianos. UMSA, La Paz, 2014.

Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia. Instituto de Estudios Bolivianos CIMA. La Paz, 2009.

Educación e investigación: Una crítica de la metodología positiva. Instituto Normal Superior Simón Bolívar. La Paz, 2004.

Cosmovisión, historia y política en los Andes. Colección de la Maestría en Historias Andinas y Amazónicas. Producciones CIMA. La Paz, 2006.

Foucault, feminismo, filosofía... Instituto de Estudios Bolivianos. UMSA, La Paz, 2000.

“Retorno y modernidad: La crítica nietzscheana de nuestro tiempo”. En *Estudios Bolivianos N° 1*. Instituto de Estudios Bolivianos. UMSA. La Paz, 1995.

Sugerencias intempestivas. Instituto de Estudios Bolivianos. UMSA, La Paz, 1998.

LYOTARD, Jean-François.

La condición postmoderna: Informe sobre el saber. Trad. Mariano Antolín Rato. Editorial Cátedra. Colección Teorema. Madrid, 1987.

NIETZSCHE, Friedrich.

Así hablaba Zarathustra: Un libro para todos y para nadie. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Colección El libro de bolsillo. Barcelona, 2011.

La genealogía de la moral: Un escrito polémico. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Madrid, 1992.

El crepúsculo de los ídolos. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Madrid, 1979.

Más allá del bien y del mal: Preludio de una filosofía del futuro. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Editorial Altaya. Grandes obras del pensamiento contemporáneo. Barcelona, 1999.

La voluntad de poder. Trad. Aníbal Forufé. Biblioteca EDAF. Madrid, 1986.

REYES MATE, Manuel (ed.).

Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía; Filosofía de la historia. Editorial Trotta. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1ª reimpresión. Madrid, 2005.

RICŒUR, Paul.

El tiempo y la narración: Configuración del tiempo en el relato histórico. Trad. Agustín Neira. Editorial Siglo XXI. México, 1995.

SPENGLER, Oswald.

La decadencia de Occidente: Bosquejo de una morfología de la historia universal. Trad. Manuel García Morente. En cuatro volúmenes. Editorial Espasa Calpe. Colección Biblioteca de Ideas del Siglo XX. Madrid, 1934.

TOYNBEE, Arnold.

Un estudio de la historia. Trad. Luis Grasset y Luis Bixio. Tres volúmenes. Ed. Planeta Agostini. Colección Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo. Barcelona, 1985.

TUCÍDIDES.

Historia de la guerra del Peloponeso. Trad. Diego Gracián. Introducción de Edmundo O’Gorman. Editorial Porrúa. México, 1975.

VATTIMO, Gianni.

El fin de la modernidad: Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna. Trad. Alberto Bixio. Gedisa editorial. Barcelona, 1987.

VAN DIJK, Teun.

“El análisis crítico del discurso”. En Revista *Anthropos*. Trad. Manuel Gonzáles de Ávila. N° 186. Barcelona, Septiembre-octubre de 1999, pp. 23-36.

VEYNE, Paul.

¿Cómo se escribe la historia? Foucault revoluciona la historia. Trad. Joaquina Aguilar. Editorial Alianza. Madrid, 1984.

VICO, Giambattista.

Principios de ciencia nueva: En torno a la naturaleza común de las naciones. Trad. José Manuel Bermudo. Ediciones Orbis S.A. Hispamérica. Buenos Aires, 1985.

VOLTAIRE, Jean-Marie Arouet.

Filosofía de la historia. Trad. Martín Caparrós. Editorial Tecnos. Colección Clásicos del Pensamiento. Madrid, 1990.

WALSH, William Henry.

Introducción a la filosofía de la historia. Trad. Florentino M. Turner. Editorial Siglo XXI. México, 1974.

Este artículo se entregó para su revisión el 28 de marzo y fue aprobado el 29 de abril 2016.